

# LOS JOVENES Y LA PO

**D**ESDE qué edad se puede votar? En casi todos los países donde se vota, la edad mínima coincide con la que la ley señala para la mayoría de edad: los veintiún años. En Gran Bretaña se está discutiendo ahora la posibilidad de rebajar ese límite y permitir el voto a quienes tengan cumplidos los dieciocho en el momento de celebrarse la elección. El fondo político de la cuestión, el fondo de pequeña política electoral, está falseando el debate: los Laboristas y los Liberales se han declarado en favor de la rebaja de edad, los Conservadores se están oponiendo, y ello porque entienden las izquierdas que el voto juvenil ha de serles favorable, y las derechas lo contrario. No obstante, los Conservadores no han decidido aún su oposición definitiva por temor a aparecer como un «partido viejo». Los dos puntos de vista son finalmente tristes. No consideran al ciudadano como una parte viva de la nación sino como una cifra favorable o desfavorable en las urnas. En muchos países se planteó un problema similar cuando se trató de conceder el voto a las mujeres —hoy universalmente admitido— aunque en ese aspecto la confusión fue mayor. Los partidos izquierdistas son tradicionalmente partidarios de la incorporación de la mujer a la vida activa

puesto que por definición tienden a favorecer las igualdades y a favorecer las mayorías, pero temían que la inclinación electoral de las mujeres fuese conservadora como efectivamente resultó, ya que generalmente las mujeres tienden a apoyar el poder establecido y la izquierda está abocada en el tiempo a períodos mayores de oposición que de gobierno. Hoy, en ciertos países, la mujer tiende a separarse de los poderes establecidos en parte porque ha alcanzado una mayor educación cívica que la permite elegir su propia posición en lugar de refugiarse en el instinto —la famosa «intuición» femenina que sin duda es un admirable recurso de defensa por parte de quienes durante milenios han estado apartadas de la educación y de la vida pública— y en parte por el temor a la guerra atómica. El voto de los iletrados es objeto también en muchos países de las mismas especulaciones: las derechas temen que el acceso al voto de las clases iletradas, que coinciden con las menos favorecidas económicamente, les sea adverso. Naturalmente la posición de los partidos de izquierda es la contraria, por las mismas razones. En muchos países se ha admitido ya el voto de los iletrados: en Francia acaban de votar y en los países subdesarrollados se les

concede necesariamente el derecho de voto puesto que forman la inmensa mayoría del país. En los Estados Unidos se les niega ese derecho en por lo menos 18 estados, y en algunos —como Mississippi— se les exige una prueba que consiste en ser capaces de entender y escribir algún fragmento de la constitución local. Estas limitaciones aparecen generalmente en las zonas racistas. Sin embargo, dos estados conceden voto a partir de los dieciocho años en lugar de a los veintiuno, como es general en el país: Kentucky y Georgia. De una manera general, el mundo admite el voto de los iletrados y de las mujeres, después de unas largas y difíciles luchas. El problema de los menores de dieciocho años acaba de plantearse. Su politización electoral falsea, como antes queda dicho, el fondo de la cuestión. Sobre todo porque las fuerzas favorables o adversas no se atreven a declarar la importancia de sus intereses de partido y esgrimen argumentos que pretenden ser más profundos y que enmascaran el tema.

## una fuerza creciente

La presión de la juventud sobre la política es fruto de lo que Fabre-Luce llama «la agresión

La población estudiantil ha aumentado considerablemente al nivel de la enseñanza superior. Los nuevos alumnos proceden de las clases intermedias, de la burguesía y el



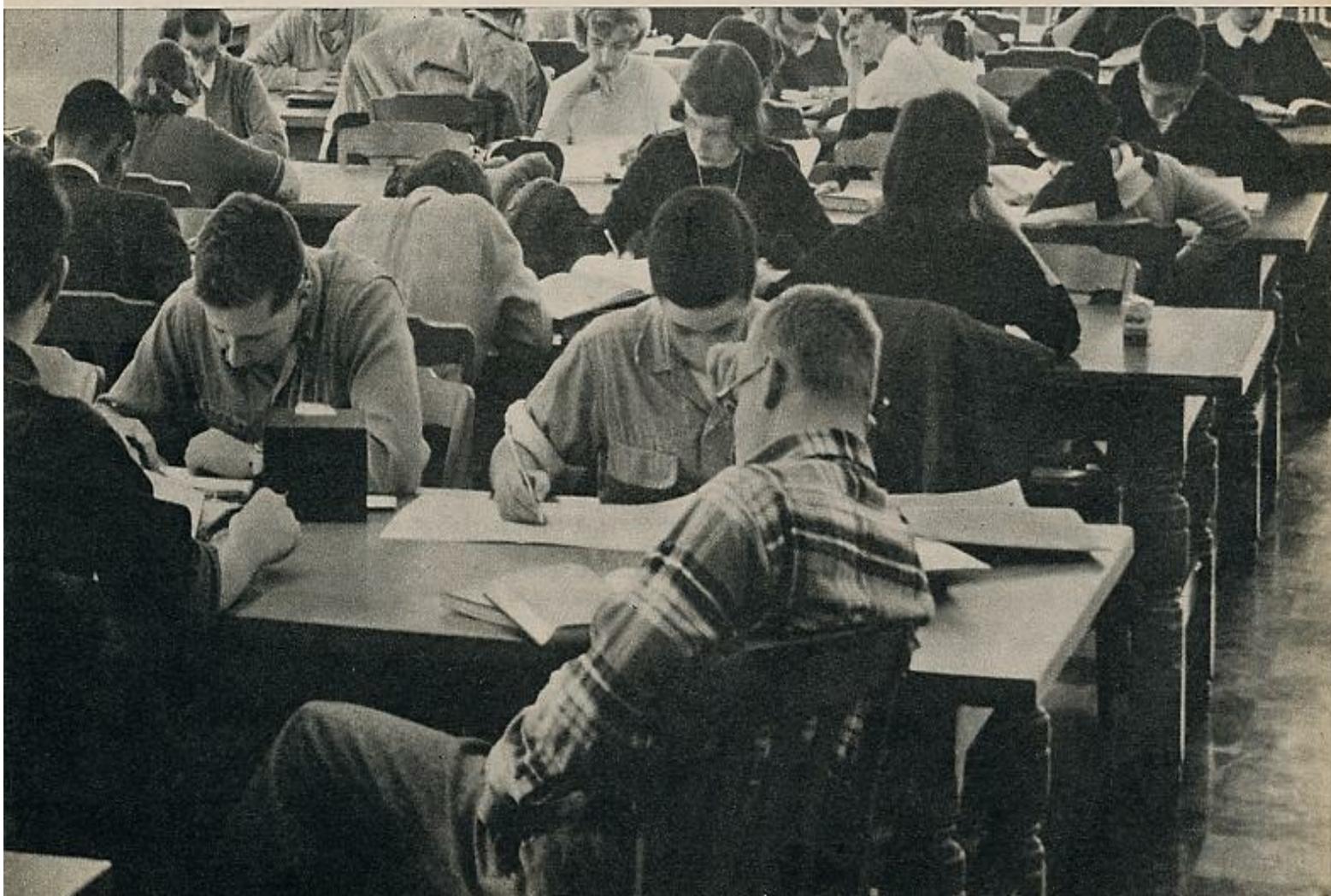
# OLITICA

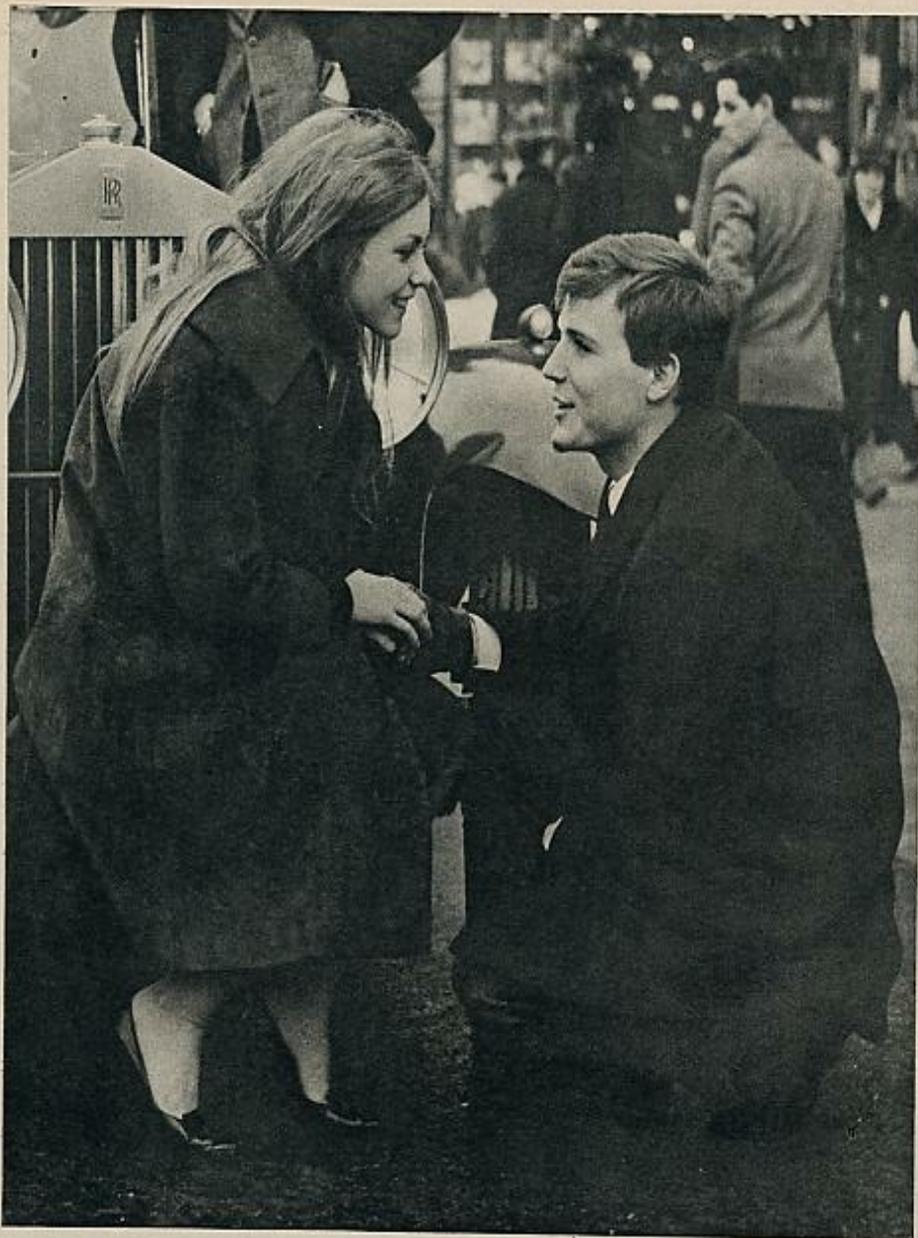
Por **JUAN ALDEBARAN**

demográfica» y lo que con términos menos científicos, pero no menos expresivos, se llamó el «baby-boom», o sea la «prosperidad de niños» que siguió a la segunda guerra mundial. Las tasas de natalidad han registrado un aumento considerable: y no sólo el aumento natural procedente del desarrollo geométrico de la población, sino una serie de aumentos condicionados al medio, a las clases sociales, a las circunstancias de razas, historia, familia, clase social, etc. Es de sobra sabido que las familias de menos capacidad económica tienen por aparente paradoja mayor número de hijos que las acomodadas; esta situación se reproduce en la comparación entre países ricos y países pobres, y así se ve que mientras en Suecia la natalidad es de un 14,2 por mil, en los países de la América Española es superior al 40 por mil. Estos aumentos, por irregulares que sean, «se traducen todos en un aumento rápido de las capas de población joven, y esta marea ascendente demográfica interviene cada vez más en todos los aspectos de la vida económica de los estados, tanto en el mercado de **SIGUE**



artesano, que antes debían refugiarse en la burocracia pequeña o el empleo privado. Las clases menos favorecidas siguen disponiendo de muy pocas oportunidades.





Otro signo de los tiempos: la precocidad. El amor surge pronto. Las responsabilidades matrimoniales aparecen antes. Los índices demuestran que se ha adelantado la edad de la participación en la vida social.

trabajo como en la venta al detall y la floración de tiendas de todos órdenes que se dirigen a la clientela invasora y a veces insaciable de los "teen-agers"» (profesor Jean Delmas).

Una consecuencia paralela de esa ascensión demográfica de las capas jóvenes de la sociedad ha sido la democratización de la enseñanza y el crecimiento del número de alumnos en las Universidades. En España (sólo a título de ejemplo), los 32.013 alumnos matriculados en las Universidades en el curso 1940-1941 se han convertido en 64.010 en el curso 1960-1961 (datos: «Anuario estadístico de España» y «España es así», Instituto de Cultura Hispánica, 1965), es decir, un aumento del doble, del 100 por cien, mientras que el aumento de población entre los mismos periodos ha pasado de 25,8 millones a 30,9 millones (las mismas fuentes). Repito la desproporción: a un aumento de población general inferior ligeramente al 20 por ciento ha correspondido un aumento del 100 por cien en la población universitaria. Debe tenerse en cuenta, además, que en España el movimiento de rejuvenecimiento no ha seguido en ese periodo el mismo ritmo que en otros países, sino que ha sido inverso: si en 1940 el grupo de población comprendido entre los 15 y los 24 años era de 182,7 por mil, en 1960 era solamente de 152,3 (el desnivel en los

grupos adultos producido por la guerra civil es uno de los causantes de esta variación). Quiere decirse con esto que nuevas clases han tenido acceso a la educación superior, y me refiero ahora no sólo a España sino al mundo en general. Este acceso es, si tienen en cuenta las estadísticas, de menor «recuperación social» que lo que sería de esperar. En Italia la probabilidad para un hijo de obrero de pasar a la enseñanza superior es de 2,6 por ciento; en Francia, de 4,1; en Estados Unidos, de 7,3 (profesor Allais). No dispongo de cifras equivalentes en España, que harían más comprensible el problema. Pero puede entenderse que si los hijos de obreros pasan difícilmente a la enseñanza superior, y ésta en cambio aumenta en alumnos de una manera fabulosa, los nuevos alumnos proceden de clases intermedias, de la burguesía y el artesanado, que antes debían refugiarse en la burocracia pequeña o el empleo privado, se detenían muchas veces en el bachillerato o en el bachillerato elemental. En países como Alemania o Suecia se atribuye también como causa determinante el aumento de nivel de vida del obrero, que le hace considerar que su hijo tiene buenas probabilidades de futuro sin necesidad de salir del oficio familiar y exponerse a los riesgos del estudio superior.

## las rebeldías

De lo dicho anteriormente se pueden desprender tres conclusiones: la primera, que el porcentaje de menores de veintidós años ha crecido en todo el mundo; la segunda, que estos jóvenes tienen ahora una mayor educación que antes; la tercera, que gracias a ellos se ha acelerado en cierta forma la movilidad de las clases sociales hacia arriba, si bien no a partir de los obreros pero sí procedentes de clases hasta ahora no privilegiadas. Este grupo peculiar formado así en nuestro tiempo presenta unas reivindicaciones y se considera a sí mismo capaz de entrar en la vida pública, capaz de pesar sobre ella. Generalmente se les defrauda. Nuestras sociedades siguen presentando un aspecto senatorial. «Senado» viene de «senex», anciano: Roma, a pesar de su evolución, no se llegó a liberar de esta imposición de las sociedades primitivas en las que la experiencia vivida era una ciencia insustituible. Los «Ancianos» eran por antonomasia los miembros del Sanedrín, o los encargados de gobernar las iglesias en los tiempos apostólicos. En las tribus —incluso en las tribus supervivientes en nuestro tiempo— el «Consejo de Ancianos» tenía la máxima autoridad. Este prestigio de la ancianidad sobrevive en nuestros tiempos de una manera latente y presente. El hecho es que de la misma forma en que la mujer se encuentra todavía hoy viviendo en un mundo dominado por los hombres y creado por los hombres, con un condicionamiento masculino, el joven vive en un mundo dirigido por los viejos, como consecuencia de la tradición grecorromana de las sociedades occidentales. Y, sin embargo, encuentra que estos mayores disponen de su vida y determinan su futuro. La incomodidad de estas clases juveniles ascendentes en número y calidad se refleja en ciertos extremos de apariencia reprobable: los escándalos en torno a los «Beatles» y similares, la tendencia creciente a la precocidad sexual, las bandas de adolescentes que cometen delitos gratuitos. A pesar de la importancia que se da actualmente a estos movimientos de rebeldía no canalizada, son menos graves de lo que parece: se trata de extremos, de minorías muy mínimas. Cuando las mayorías quieren organizarse de una forma política —es decir, consciente y asociativa— para hacer constar su presencia y su peso, se encuentran generalmente con las prohibiciones y los vetos de los mayores, que les impiden firmemente el acceso a los instrumentos de expresión que tienen reservados. De donde su rebeldía se desfogó por caminos no habituales.

## se les exige cada día más

Mayor número, mayor instrucción y mayor movilidad social forman la base de esta «marca ascendente». Al mismo tiempo, las clases dirigentes senatoriales exigen mayor participación digamos mecánica de la juventud en el desarrollo de las sociedades, donde se ha advertido claramente la importancia de su fuerza. Basta con dar un vistazo a las secciones de anuncios por palabras de cualquier periódico del mundo para ver cómo las empresas solicitan directores, peritos, técnicos, especialistas con larga experiencia y con edades entre 30 y 35 años. Las responsabilidades matrimoniales aparecen antes: si en los Estados Unidos la edad media del matrimonio en 1940 era de 24,3 años para los hombres y 21,5 para las mujeres, en 1960 era de 22,8 y 20,3, respectivamente. En 1940, un 1,5 de los matrimonios de Estados Unidos tenían un marido entre 14 y 19 años de edad; en 1960 el porcentaje había pasado a ser de 3,3; para los **SIGUE**

## LOS JOVENES Y LA POLITICA



Una contradicción muy notable: mientras un joven de dieciocho a veintiún años puede ir a la guerra, no tiene derecho a contribuir con su opinión al principio o al cese de tal guerra, cuyo comienzo deciden aquellos que no van a participar en ella, al menos de una forma directa. Ambos hechos carecen de concordancia. Por otra parte, los movimientos juveniles de rebeldía —las bandas de adolescentes, por ejemplo— son menos graves de lo que parece: se trata de extremos, de minorías muy mínimas. Abajo, los «Rockers», uno de los grupos rebeldes más activos en la Gran Bretaña durante los últimos años, en perpetua lucha con otro análogo: los «Mods».



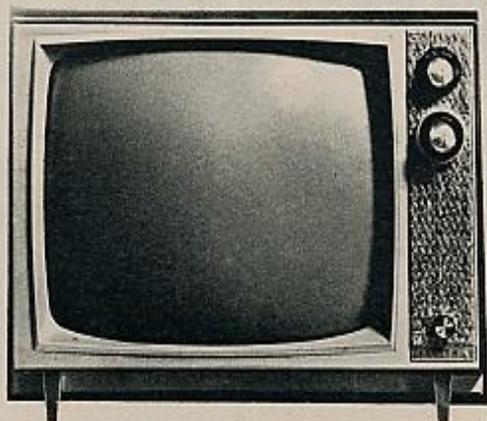
**EN LA CIMA DE LA TELEVISION MUNDIAL,**

**LOS TELEVISORES**

**ZENITH**

**"All Channel"  
(TODO CANAL)**

**VHF - UHF**



Los televisores ZENITH llevan en su interior los Selectores de Canales para el primer programa (VHF) y segundo programa (UHF), con todos los adelantos de la moderna técnica mundial y la garantía de su perfecta sintonización en cualquier punto de España.

**ZENITH**  
Marca Registrada

**EL TELEVISOR AMERICANO DE MAYOR VENTA EN EL MUNDO**

RADIO-TELEVISION  
ALTA FIDELIDAD-ESTEREO

grupos entre 20 y 24 años, el porcentaje ha pasado de 27,8 en 1940 a 46,9 en 1960. Si volvemos la vista a las estadísticas de principios de siglo la visibilidad de este movimiento es simplemente escalofriante. Los matrimonios con marido entre 14 y 19 años han pasado de 0,4 a 3,3 por ciento entre 1890 y 1960. Crece al mismo tiempo la precocidad paternal: si en 1940 se registraron en Estados Unidos 3.865 madres de menos de quince años y 332.667 de quince a diecinueve, en 1961 las cifras eran de 7.462 y 601.720, respectivamente: sin que la población general del país hubiese aumentado, naturalmente, en esa enorme proporción. Estas cifras realizadas con los escasos datos a mi alcance en estos momentos demuestran fácilmente que se ha adelantado mecánicamente la edad de la participación en la vida social.

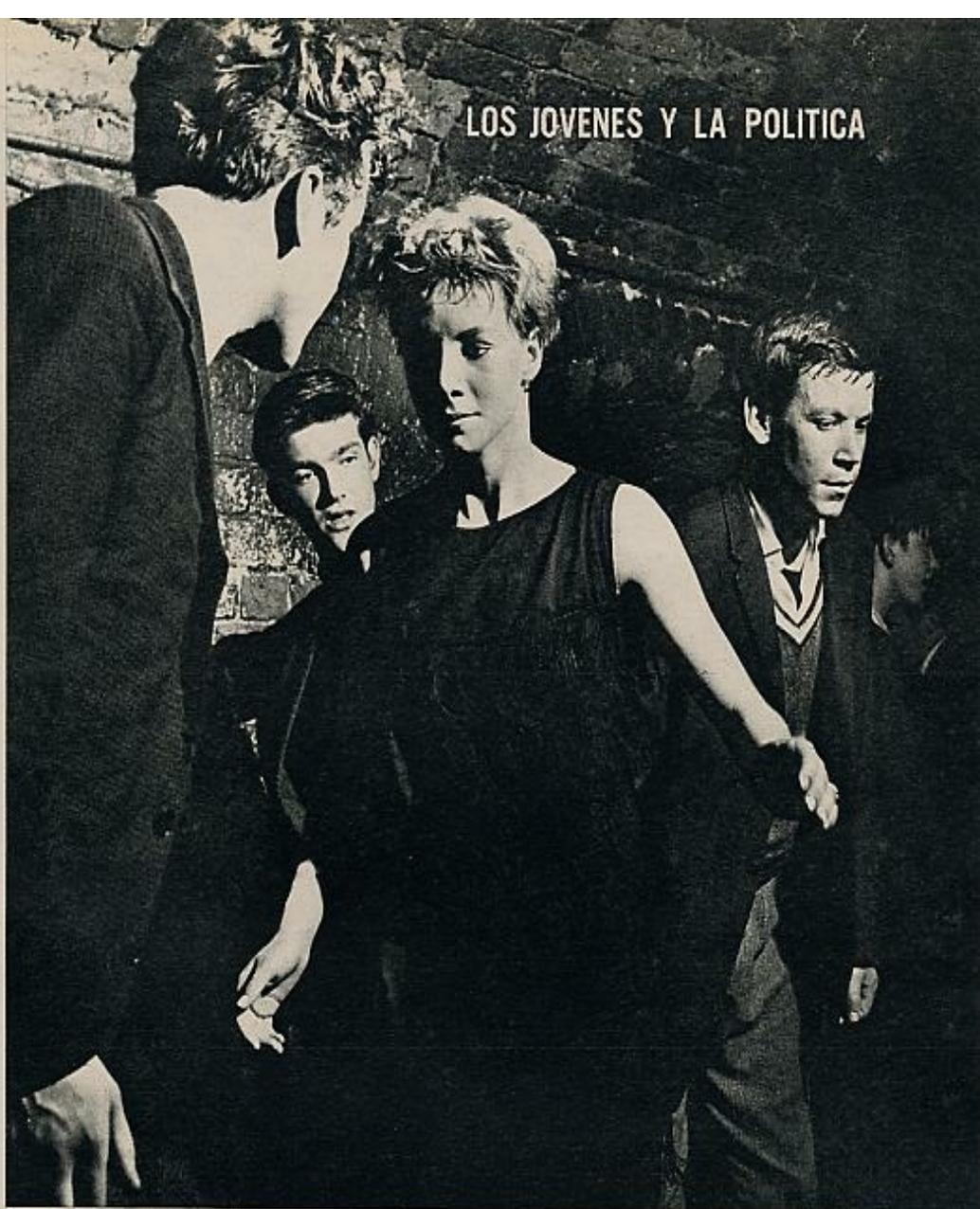
Un tercer aspecto es el de la ambición de futuro. Es indudable que todo acto político, y muy principalmente las elecciones, se dirige hacia el futuro. En este aspecto puede producirse una contradicción en el hecho de que no haya límites máximos de votar y los haya mínimos. Un retirado, un jubilado, un hombre o una mujer que no tienen ya participación activa en la sociedad, tienen derecho al voto; no lo tienen, en cambio, los jóvenes para quienes se está decidiendo un futuro inmediato y un porvenir decisivo. Un joven de 18 a 21 años puede ir a la guerra: se le admite como voluntario —incluso se le incita a serlo— y en momentos de movilización se le exige la participación en la guerra. Sin embargo, no tiene derecho a contribuir con su opinión al principio o al cese de tal guerra, que en cambio pueden votar aquellos que, por su edad, no van a participar en ella, al menos de una forma directa.

De una manera lógica se puede advertir que una sociedad que entrega un fusil, una licencia de matrimonio, un avión, un automóvil o una herramienta de trabajo a un joven entre 18 y 21 años y que en cambio se niega a darle una papeleta de votación sufre de una grave contradicción. O falta esto o sobra aquello.

## ¿y la madurez?

Los argumentos en contra que emplean los enemigos del voto juvenil se centran principalmente, y casi únicamente, en una razón: la madurez. ¿A qué edad se alcanza la dosis necesaria de reflexión para participar en la vida pública? La idea comúnmente admitida de que se consigue a los 21 no deja ser arbitraria, cualquiera que se fije lo será. Hay quien la ve —el «Observer», de Londres— como justamente el momento en que se produce «el compromiso entre el celo natural de la juventud y su inevitable experiencia», y encuentra que concuerda con «la mayoría de edad legal, la práctica de las otras democracias y otros códigos bien seleccionados». Esgrime otra razón: la política, hoy, «es mucho más compleja» y requiere «juicio más maduro y responsabilidad más desarrollada». Por otra parte la «Asociación de Consejos de Condado» británica, de tendencia conservadora, estima que una mayoría de los jóvenes entre 18 y 21 años no han completado aún su educación y no viven por su propia cuenta, y que su entrada en los censos electorales «conducirían a la incertidumbre y la confusión y debilitarían la autoridad política».

El debate se hace más interesante cuando intervienen en él sociólogos, que lo elevan sobre los intereses de pequeña política. El profesor John Mays, que enseña sociología en la Universidad de Liverpool, acaba de publicar un libro con el título «The Young Pretenders» en el que prácticamente considera a los menores de 21 años exactamente igual que a los pueblos colonizados antes de conseguir su independencia: es decir, como convencidos ellos mismos de que están sometidos a fuerzas externas que les organizan, les super-



Liverpool: se baila hasta la extenuación. La rebeldía se desfogó por muy diversos canales. A los jóvenes, indudablemente con mucha mejor formación que antes, se les defrauda. La sociedad sigue siendo senatorial.

protegen y los irradian de la vida pública en contra de sus necesidades. Otro libro de gran interés es el del periodista Peter Laurie, «The teenage revolution» en el que se pregunta si la revolución económica de los muchachos que un día pertenecieron a clases no privilegiadas y hoy han evolucionado han conseguido realmente la libertad. Bajando la edad, puede encontrarse un libro llamado «Fourteen» («Catorce») escrito por los mismos muchachos y muchachas de esa edad, textos recopilados por un profesor de escuela secundaria. Hay testimonios de una profundidad asombrosa. Una muchacha dice: «Me levanto todos los días a las 6 de la mañana para echar un vistazo a los periódicos. No me importa levantarme tan pronto, puesto que mis padres lo hacen así». Otra: «En el futuro seré peluquera de señoras. Ya sé que no se gana mucho dinero, pero no me importa: el dinero no lo es todo en la vida». Creo que el testimonio más impresionante es el de un muchacho que escribe lo siguiente: «Sé perfectamente lo que quiero y lo que no quiero. Sin embargo, ¿de qué valen mis opiniones en un mundo que no va a vivir más de cien años, porque ha ido demasiado lejos en el camino de la propia destrucción? Simplemente necesito seguir adelante, me imagino, pero tengo la esperanza de no tener que volver a vivir de nuevo este período de mi vida. ¡No podría soportarlo!».

Cuando escribo estas líneas no se ha llegado en Gran Bretaña a una decisión concreta. Es de suponer que dada la posición tomada por Liberales y Laboristas, que son mayoritarios en el Parlamento, y el miedo de los Conservadores a definirse demasiado claramente (por no perder esos votos si finalmente se conceden) el final puede ser la participación electoral de los jóvenes comprendidos entre los 18 y 21 años, lo cual modificaría sensiblemente la fisonomía política de Gran Bretaña en un sentido más progresista. Quizá los Conservadores pidan que se reforme al mismo tiempo la legislación penal vigente de forma que los menores de 21 años puedan ser condenados con la misma severidad que los mayores, lo cual no dejaría de ser justo: unos mayores derechos deben suponer una mayores responsabilidades.

Junto con la abolición de la pena de muerte, la concesión del voto a los jóvenes puede ser la más importante modificación de las estructuras tradicionales británicas que los Laboristas hayan llevado a la estancada sociedad británica; al mismo tiempo, la nueva conquista puede contagiarse a otros países del mundo. Aunque hay que suponer que en las sociedades patriarcales costará mucho más trabajo implantar esta revolución.